

su prima, y jamás pudieron creer, ni siquiera sospechar, que se tuvieran otro querer distinto del de familia.

Pero es porque el verdadero amor, sólo es advertido por las personas que lo sienten; y cuando esas personas ponen empeño en ocultarlo, sufren en silencio, pero oculto queda.

II

Aquella tarde Rafael y Martita salieron de paseo más temprano que ninguna y dirigieron sus pasos hacia la alameda.

Paseaban, como siempre, en animada conversación haciéndose mutuas preguntas y mutuas confesiones surgidas del momento.

Dijole Rafael que él tenía dieciocho años y que, según el gusto de su padre y el suyo, estudiaría para militar; pues había terminado por entonces el grado de Bachiller.

Muy del agrado de su prima debió ser esto, a juzgar por las siguientes palabras:

—¿Luego tú vas a ser militar? Haces bien. Por lo menos sabrás conservar nuestro glorioso apellido.

Y siguieron paseando, en silencio, bajo la frondosa arboleda que les preservaba de los rayos que, con feroz inclemencia, lanzaba el sol.

Iba Rafael, al parecer, preocupado; pensaba en algo, por fin, rompió aquel silencio diciendo:

—Martita, has visto alguna vez belleza más inmensa que la producida por el claror de la tarde al reflejarse en las verdes hojas de estos árboles; ni grandeza más sublime que la calma y el frescor que produce el arroyuelo; ni perfume tan encantador como el que exhalan esas flores; ni...

Entusiasmada le estaba oyendo su prima pero, efecto del entusiasmo, le interrumpió para decirle:

—Chico, hablas muy bien. Eres un poeta. ¿Por qué no escribes una novela?

No debió hacer gran caso Rafael de estas bromistas palabras de Martita cuando añadió:

—Pues bien. Mucho más bello, más grande, más encantador que todo eso, es el amor que profeso a una mujer.

Quedóse fijo un momento en el gracioso semblante de su prima, hasta que ésta le dijo:

—Pero tú amas. ¿Es posible? Dime, ¿quién es esa mujer?

Fué esta una pregunta que le dejó sumido en un caos de confusiones; al mismo tiempo una lividez extraña aparecía en su faz; lividez, que no pasó desapercibida para Martita, por lo cual no se atrevió a hacerle ninguna otra pregunta y esperó a que él, por propio impulso, contestara.

Después de unos momentos y de haberse tranquilizado un tanto, dijo Rafael a su simpática y bella prima:

—Me preguntaste que quién era esa mujer, verdad. Pues... mira Martita, no quieras saberlo ahora... ya lo sabrás...

Hacia poco que habían regresado del paseo. Durante el corto trayecto que les faltaba por recorrer para llegar a casa de Rafael, no hablaron nada; y cuando ya la noche empezaba a tender su negro sudario, fingiendo una alegría que no tenían, pasaron sonrientes a la casa.

III

A la mañana siguiente, levantóse Rafael y, como de costumbre, esperó a su prima para desayunar juntos.

Su tardanza era tanta, que llegó a inquietarle hasta el extremo de llamar a una criada; así lo hizo. Apareció la criada, y le preguntó que si se había levantado Martita, a lo cual ella contestó que no; entonces, Rafael, le preguntó nuevamente que si sabía el motivo de no haberse levantado; la criada le dijo, que debía de ser por habérsele recrudecido la enfermedad de que ya se creía curada, a lo que había contribuido, en gran parte, el insomnio y la deliración en que había estado toda la noche.

Cabizbajo, y con la mano sobre la frente, se quedó a oír esto. Las más pesimistas ideas le agitaban y temblaba ante la de que muriera sin comprender: que la mujer por él amada era ella, y solamente ella.

Preguntó al médico sobre el estado de su querida prima, éste le respondió que contados eran los minutos que le quedaban de vida; entonces, perdida toda ilusión, casi loco, quiso hablarla, contemplarla, al menos, en los tristes momentos de agonía, pero... acudió tarde: Martita estaba muerta.

Cuando los dos juveniles corazones se amaban cierta y entrañablemente, la muerte, con su implacable guadaña, segó en flor aquel amor.

No hay un sólo día en que, taciturno, triste, silencioso, deje de ir Rafael al cementerio y allí, mientras deposita un ramillete de flores sobre la tumba de su amada, una fervida oración se escapa de sus labios...

CRUZ M. ESPADA.

ME PARECE MUY BIEN

He leído con agrado en el número anterior un trabajo superior, bien escrito y razonado.

No sé quién será «P. Pita», mas tiene razón completa y es digna de que un poeta le cante a esa señorita.

Y es muy extraño por cierto que algún autor consagrado o algún poeta inspirado no haya apoyado su aserto.

Que eso de considerar a la mujer inferior, cuando al hombre es superior, eso... ni está regular.

La mujer, debe pensar y en la vida intervenir, y lo demás no es vivir, sino un continuo penar.

Eso de que se coarte su libertad en la acción, para eso no habrá razón ni aquí ni en ninguna parte.

Y eso de que la mujer maude sólo en la cocina o alterne con la vecina, no tiene razón de ser.

Así es que, en cuestión tan honda, sin faltar a la verdad, con toda formalidad doy mi opinión limpia y munda.

Que me parece muy bien lo que hace esa señorita, y que de fijo es «P. Pita» una mujer de «chipén».

Que lo que debe de hacer es su empresa no dejar, y en su empeño no cejar de hacer libre a la mujer.

Y a no consentir la ofensa, pero no se ha de olvidar que pronto debe formar una *junta de defensa*.

Y si apoyo necesita, me ofrezco de corazón, quedando a disposición de la anónima «P. Pita».

ZERAUS.

El tesoro del bienestar

Cierto día corrió por una populosa ciudad una nueva que vino a turbar la calma del pacífico vecindario. Se trataba de un sabio que se había instalado en una cueva, algo más modesta que las de los cuentos de Irving, que estaba próxima a la población. El cronista no recuerda bien sus condiciones fisonómicas, así es que deja al arbitrio de cada uno la reconstrucción de su figura. Por otra parte, todos tenemos una muy especial manera de concebir estos arquetipos de la humanidad, y no hemos de reñir por detalle más o menos. En lo tocante a sabios, hay bastante diversidad de opiniones. Quién, piensa que han de ser como el palo de una escoba de secos, y los demás reputa *Epicuri de grege porci*; quién, les exige que vayan raídos, como el Licenciado Cabra, y hasta en llevar o no unas livianas gafas hay quien funda la tan inquietante piedra de toque. Sólo mediante esta subjetividad se explican las que pudieran parecer incongruencias, como ocurre alguna vez al conocer a un hombre de talento reconocido: «Pues, la verdad: tiene cara de bruto». Así, pues, saque el lector del almacén de su fantasía el patrón correspondiente, y luego se lo endose a nuestro protagonista, seguro de que yo quedaré tan agradecido por su ayuda como él en su